

ESTA fotografía tiene la cualidad de pertenecer a un período intermedio o de transición de la vida alcazareña, equidistante de la miseria y de la prosperidad, pero con sobrados vestigios e influencias psíquicas irreversibles de la penuria anterior.

Se trata de una familia labradora, consagrada a su arte; una de tantas familias



Solera alcazareña

que con su esfuerzo y su aplicación han engrandecido a su pueblo y a su patria, familias que miles de veces veían malogrado su sacrificio por el pedrisco, el hielo, la langosta o el rigor canicular y despreciados sus frutos por cubileteos económicos que desconocían, pero que soportaban, volviendo a empanar en el otoño con resignación ejemplar.

Cuando cuajaba la cosecha y valía, la gente respiraba un poco. A todos los que habían ayudado se les compraba algo y se vestían; a la casa se le daba una vuelta y si los atalajes dejaban para ello, se hacía algún alarde y se ponía un poyo en la puerta o una portada nueva, para seguridad del corral y entrar a gusto la galera. ¡Qué satisfacción tan grande le rebotaba a la familia entonces por lo poco logrado con tantísimas fatigas! Alguna vez, rara desde luego, podía suceder hasta que se retrataran juntos al pie de la obra. Y ese es el caso del Angel de Melenas,—Angel Castellanos García Vaquero—y la Luisa la Jarilla, su mujer, el año que pusieron las portadas en su casa de la calle del Cristo Zalameda y se retrataron junto a ellas con todos los chicos.

La casa iba para arriba, como tantas otras, con ayuda de todos y la aplicación del padre. Se le ve al Angel y a todos la satisfacción natural y el recelillo de las fatigas y quebrantos que no les dejará nunca de confiarse ni de abrir el puño de buenas a primeras. Tiene el Angel su gran sombrero, que no se quitaba

nunca porque lo de Melenas le venía de uno de esos aciertos de la gente del pueblo para distinguir a sus convecinos, pues tenía una calva completa, lo que se dice cuatro pelos ya en el mismo pescuezo.

De su aplicación dá idea su posición y la familia que crió y colocó. La palabra aplicación se usaba en Alcázar en una acepción especial, en sentido de economía, ahorro y dedicación. Al que vivía al día, gastando o consumiendo toda su ganancia o pidiendo prestado, se decía de él que no era aplicado y que ya lo penaría después. D. Magdaleno dice de su tío el rico, que fué aplicado y a sí mismo se estima como tal. Consagración al trabajo, ahorro y vivir ordenado es lo que se entendía por ser aplicado y lo que conducía a la prosperidad indefectiblemente, aunque se malograran muchas cosechas.

Todos conocen a los que están en la fotografía: el matrimonio; la Adriana, la moza; Paco, el que se casó con la Vicenta de Antonio Campo; la Antonia, que se casó con el del Jaro Lañá; Licerio, el que se casó con la Rosvida de la Antonia Campo; Jesús, el de la Eugenia de la Salud; Angel, el que se casó con la del Garbancero; la Catalina; la Gabriela, que se casó con el de Potrilla; Luis, que se casó con la de la María Sierra, y Asterio, casado con la de Pantaleón.

Es un deber perpetuar el recuerdo de estas familias, aquí bastante numerosas, que son las que han hecho el pueblo con su trabajo y su honestidad y las que pueden servir de ejemplo a los venideros para seguir el camino, único, del bienestar y la tranquilidad.